



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXVII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 10777

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

CONDICIONES

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extraordinario.—Tres meses, 11 25 id.—La suscripción se cuenta desde 1.º de Enero y 15 de cada mes.—La correspondencia á la Administración...

MIERCOLES 6 DE OCTUBRE DE 1897

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

CAMILO PEREZ LURBE

12, CASTELLINI, 12
Material completo para minas, obras públicas, agricultura y construcción.
Instalaciones de máquinas de extracción y desagüe. Especialidad en cables y cuerdas de abaca, acero y hierro.
Vías, rails, wagonetas, picos, martillos, azadas, legones, palas, barrenas, etc.
Bombas, fraguas, poleas, mandriles y toda clase de maquinaria.

GENEROSIDAD HIPOCRITA

La conducta seguida por el cabecilla Calixto García en el desdichado asunto de Victoria de las Tunas no puede ser más hipócrita y criminal. Obedeciendo á instintos sanguinarios, no nuevos en él, porque ya los manifestó á hizo de roche de ellos en la otra guerra, ni respeto la protectora y caritativa enseña de la Cruz Roja, ni se conmovió su corazón al ver cómo se venía abajo el hospital, derribado por los continuados y céleros disparos de la artillería, envolviendo en sus escombros infelices heridos y enfermos que á lo menos á que tenían derecho por las leyes de la guerra, es á que se respeta sen sus desdichas.
En el acto de entregar Calixto García los prisioneros de Victoria de las Tunas no existe móvil alguno generoso. Antes habi ahorcado, macheteado y atormentado á numerosos voluntarios y había sentenciado á muerte—y cumplido la sentencia—á varios individuos del ejército, de cabo para arriba,

según nos dice una carta de téstigo presencial que hemos recibido ayer. Calixto García hubiera satisfecho con gusto su sed de sangre inmolando el total de prisioneros como había inmolado una parte; pero se detuvo en su obra de crueldad y pensó en cambiarlos por algo preciso que le hiciera falta y no tuviera facilidades para adquirirlo; además, la entrega de prisioneros podía llamar sobre su persona y la causa que defiende la atención del extranjero y hacerlo simpático, borrándole la fama de sanguinario alcanzada con sobra de motivos en la guerra pasada y en la actual.
Como si fuera posible que inspirara simpatías quien se comprometió por su voluntad y bajo firma y juramento á no hacer armas contra España y ha fallado á su palabra y á lo jurado cometiendo la traición más negra y el perjuicio más reprehensible!

Falta de recursos el cabecilla, teniendo que ajustar sus movimientos á la pesada y numerosa impedimenta de enfermos que le acompaña, vió en los prisioneros el medio de adquirir las medicinas que le hacían falta y procurando sacar á la ocasión, el mayor partido, dividió su fuerza en tres secciones, encaminó una á Holguín y las otras dos al Príncipe y al ofrecer los prisioneros, que llevaba á las autoridades de dichos pueblos, exigió que las comisiones receptoras le llevaran gran cantidad de medicinas.

Seguramente á esa necesidad del jefe insurrecto deben la vida los infelices prisioneros de Victoria de las Tunas. La caridad no ha jugado en ese asunto ningún papel.

Caridad! No puede tenerla quien manda hacer fuego sobre un hospital de sangre.
Y esa monstruosidad sin nombre la ha cometido el traidor y perjuro Calixto García.

GLORIAS NACIONALES

EPISODIO DE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

6 de Octubre de 1811

Habiendo realizado los franceses una sorpresa contra las huestes del guerrillero D. Julián Sánchez, se apoderaron del caballo de éste, el cual, por su hermosa lánina y por haber sido de jefe tan renombrado por su valor y pericia, fue regalado al general Dorsenne, gobernador de Salamanca.

Por tener gran cariño al caballo robado, D. Julián Sánchez juró apoderarse de él, de modo digno, en la primera ocasión que se le presentara, cosa por demás difícil por aquel entonces.

Un día que Dorsenne marchaba con sus ayudantes á revisar la guarnición, de entre los carros curiosos que mezclaban el correo salió uno que rápido sin casi dar tiempo á que el acompañamiento y público se apercebieran del hecho, saltó sobre las ancas del caballo montado por el gobernador, y sujetando á este fuertemente espotó y animó al bruto; que habiendo reconocido á su primitivo dueño, pues el atrevido charro no era otro que D. Julián Sánchez, emprendió vertiginosa carrera, no tardando por ello en salir de la ciudad, y tomar el camino de Ciudad Rodrigo.

Los soldados que seguían al guerrillero no se atrevieron á disparar sus armas por temor á Dorsenne, y se concretaron á seguirle; mas como Sánchez abandonara á su prisionero cerca de la Pesadana, desistieron de su empresa, por haber recobrado á su general y por temor á que por allí hubiera españoles emboscados, como así sucedía.

CESAR.

(Prohibida la reproducción).

ECOS MADRILEÑOS

Hemos estado unos días fuera de Madrid, y cuando en la estación del Mediodía subimos al tren que había de trasportarnos á la curva de Madrid y Becquer, en el paseo de Atocha dejábamos á la feria de San Mateo, con sus tenderetes de tablas viejas y lonas ro-

mendadas; cárceles improvisadas y temporales de lo que en el Rastro yace en montones; si no está guardado en cajas lo que durante casi todo el año los libreros de lance conservan en los sótanos de sus establecimientos.

A nuestro regreso aun continuaba en el mismo sitio; y del efecto que su presencia nos causó ¡qué hemos de decir, queridos lectores!

Mala impresión produce la feria de Madrid á todo el que la vé; pero si se la visita viniendo de fuera, de ver otras ferias, como en las de San Miguel de Sevilla—no nos llega ni con mucho á las de otros países por la abundancia de gentes que á ellas concurren, por las instalaciones más ó menos modestas que en sus Reales hay, por las distracciones que los municipios organizan para propios y extraños, la impresión es tan desagradable, que se pregunta uno si está en la capital de España ó en el último de sus villorrios.

En Madrid todos los años por esta época se dice que las ferias se van efectivamente, es muy cierta tal aseveración. Se van de aquí, se van á donde mejor, á donde tienen fondo más apropiado... al Puente de Vallecas.

De la calle de Alcalá se la echó al exterior del Botánico, de éste al de Atocha, y con otro empujónito más... al Puente de Vallecas.

El camino que lleva no conduce á otra parte.

La crisis política. Esa ha sido la nota sensacional de la semana, la nota absorbente, la que ha sepultado temporalmente en el olvido todos los asuntos de actualidad, para ser ella sola la señora y dueña de la atención pública.

Se diga que hoy nadie en Madrid habla de política más que los hombres que de ella viven; será verdad, pero en la ocasión presente tal opinión ha rodado por los suelos. En cuanto se supo que el gobierno estaba en crisis, sucedió lo de siempre: cabildos por aquí, reuniones por allá, y en todas partes no se habla más que de política.

Hasta que no se supo que el partido liberal era el llamado al poder, y que el Sr. Sagasta tenía ya formado el ministerio, todo fueron conjeturas y cá-

balas, y en casinos y cafés hubo profusas exposiciones á porrillo y para todos los gustos.

Ya tenemos nuevo gobierno. Pondrá término á la serie de intranquilidades y de desdichas en que desde algún tiempo á esta parte vivimos?

Como veníamos de una tierra donde el termómetro marcaba treinta y tantos grados de temperatura, en un principio creímos que el aire que nos azotaba el rostro no era tan frío como a nosotros nos parecía; pero al fijarnos en la abundancia de brigos que veíamos, en que los coches particulares que rodaban por las calles eran tan numerosos como los simones y en que los árboles no estaban tan lozanos como los que habíamos visto en los jardines de Sevilla, nos apercebimos de que el frío que nosotros sentíamos lo sentían también los demás mortales con quienes nos codeábamos y que estábamos en pleno Otoño y no en Verano como en Sevilla nos parecía.

Si tenemos ya sentada en el trono de las Estaciones al dulce y melancólico Otoño, y con tal motivo Madrid recobra su aspecto de gran ciudad.

Los veranantes han regresado ya—unos porque el estilo ya terminó, otros porque la crisis política les obligó á tomar el tren que conduce á Madrid—y por todas partes hay animación y vida, y más en estos días en que la política le tiene todo resuelto y agitado.

Cuán son los coliseos que aún no han abierto sus puertas: el Real, el Español, La Omedía y elómico; los demás ya están en funciones, disfrutando todos ellos favores que ojalá sean muy duraderos, cosa que ponemos con sobrada razón en duda.

Los triunfos verdad que los teatros abiertos han obtenido corresponden á La Princesa, por «Comediantes y toreros ó La Viearia», de Palencia, y por «Magda», de Sudermann, y á Parish, por la muy acertada interpretación que en la noche del «debut» se dio á la ópera «Marina».

«Comediantes y toreros» es un sainete muy animado, un cuadro de costumbres de principios de siglo, lleno de verdad y vida que hace pasar un rato muy agradable.

CARLOS II EL HECHIZADO

372

CARLOS II EL HECHIZADO

373

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 376

Y si os hace falta alguna cosa?
—Llamaremos.
Bodoni no se atrevió á instar á unos hombres cuya voluntad era conocida, y después de media docena de saludos, salió, por el fondo seguido de sus criados.
—Meinó un instante de silencio mientras se oyeron los repetidos pasos del hostelero y su comitiva que se retiraban; después, cuando no se escuchó ni el más ligero rumor, gritó Leon Brato.
—Creo que se verían muy agrados los que irían a atacar.
—Eso mismo opinó yo, contestó Santisteban recordando de no todos su antiguo amigo. Ahora, que viva la amistad.
X empujando una botella llena del rico Jerez, principió á llenar las copas, mientras Monto-Azal y Alvarado destrozaban un gran queso de jamon extremeño.
—Señores, dijo Santisteban, en primer lugar bebamos, después comamos y luego charlemos. La vida tiene sus alternativas como una comedia, en la que unas veces se rie y otras se llora. Ahora ha tocado el momento de reír.
—Y de beber, contestó Millan Pantoja, que escuchaba cierto consuelo en las palabras del conde.

Todos encorvaron muy presto en razón á los dos jóvenes que así se explicaban, y levantaron las copas en alto.
—Por España! gritó Leon Brato bebiendo.
—El primer brindis, observó el conde de Santisteban, es muy patético. Pero el segundo me corresponde á mí. Ahora que hemos emprendido una vida aventurera, que estamos expuestos á dejar el pellejo al volver una esquina, bueno es consagrar un recuerdo á la manera de don Quijote, hacia nuestras respectivas Dulceinas. Quiero brindar por ellas.
—Muy bien, pensado, replicó Martin Alvarado.
De nuevo se llenaron las copas. En aquel momento Millan llenó la suya con disgusto, Ernesto con sentimiento. Amaban á un mismo ser, y aunque Pantoja ignoraba la que pasaba en el corazón de su amigo, sufría tanto como éste.
Pasada esta nube por las limpidas miradas de los dos jóvenes, se principió á hablar, á comer, á reír y á beber, como en cosas agradables.
Estaban en la época de la esperanza.
—Observo, dijo Santisteban, después de haber detestado un plato de sardinas y aceitunas sevillanas, que el capitán Leon, el mas severo y sombrío de

Yo entiendo poco de geografía, añadió Ernesto.
—Yo lo dejó á la elección del capitán Leon, dijo Millan Pantoja.
—¡Excelente pensamiento! exclamó Martin. Propongo que el capitán Leon sea nuestro jefe hasta Barcelona.
—Esta idea dio lugar á un sinnúmero de aplausos. Leon protestó, dimitió, se opuso con todas sus fuerzas, pero no hubo remedio; tuvo que aceptar el mando de la expedición.
No bien se había aplacado el estrépito, cuando un hombre encubierto apareció en lo alto de la escalera, saliendo por la puerta que Millan creyera que daba á los caramanchones de la casa. Detrás de este salió otro, y así fueron apareciendo hasta una docena.
Los caballeros seguían comiendo tranquilamente y ninguno había fijado su atención en lo alto de la escalera.
Las voces de estos no les permitían oír los callados pasos de aquellos hombres que se deslizaban como fantasmas en el reducido espacio de que podían disponer.
Pero en el mismo instante que estos se disponían á cometer un crimen horrible, un prete que se hallaba al nivel del pavimento se abrió de improviso.

Yo entiendo poco de geografía, añadió Ernesto.
—Yo lo dejó á la elección del capitán Leon, dijo Millan Pantoja.
—¡Excelente pensamiento! exclamó Martin. Propongo que el capitán Leon sea nuestro jefe hasta Barcelona.
—Esta idea dio lugar á un sinnúmero de aplausos. Leon protestó, dimitió, se opuso con todas sus fuerzas, pero no hubo remedio; tuvo que aceptar el mando de la expedición.
No bien se había aplacado el estrépito, cuando un hombre encubierto apareció en lo alto de la escalera, saliendo por la puerta que Millan creyera que daba á los caramanchones de la casa. Detrás de este salió otro, y así fueron apareciendo hasta una docena.
Los caballeros seguían comiendo tranquilamente y ninguno había fijado su atención en lo alto de la escalera.
Las voces de estos no les permitían oír los callados pasos de aquellos hombres que se deslizaban como fantasmas en el reducido espacio de que podían disponer.
Pero en el mismo instante que estos se disponían á cometer un crimen horrible, un prete que se hallaba al nivel del pavimento se abrió de improviso.

